

¡Oh santos ángeles, cuánto es mejor vuestra compañía y hermosura, cantando mil alabanzas á este santísimo cordero en aquella ciudad desposada con tanta variedad de piedras y luces inmortales!

Bendito sea vuestro nombre, piadoso Hijo de Dios, que de tales peligros me sacásteis, y que como á otro Lázaro, de la sepultura de mi eterna muerte me digisteis:— *Vén fuera, miserable, á la luz de la eterna vida.*— Mas, ¡ay Señor! ahora se me acuerda lo que tardé en desligarme la mortaja de las costumbres que me cercaban todo; mas á la fé, buen Jesús, cayéronse los ídolos de Egipto cuando

pasasteis Vos en brazos de vuestra Virgen Madre; que yo así os imagino cuando me llamasteis, pues por medio suyo me hicisteis esta merced; y porque imaginándoos niño tendré menos vergüenza de Vos.

Notable me la dá acordarme de los desatinos que pasaron por mis sentidos, mientras que no me miraron esos soberanos y dulces ojos, como al Apóstol que os estaba negando. Por mis ojos pasaron vanas hermosuras, flores que nacen al alba y á la noche mueren; por mis oídos locas palabras y por los demás sentidos cosas, que por no ofender vuestra lim-

pieza aún no las osa revolver mi memoria: con esto anduve tan lejos de vuestra hermosura y del camino de la verdad, que sois Vos, cuanto cerca de mi eterna desventura y muerte. Por estos atrevimientos imagino, dulcísimo Cristo mío, que la razón de no acercarme á Vos, luego que me tocaban vuestras divinas inspiraciones, debía de ser el veros siempre clavado en la cruz; que si yo os imaginara sueltos los piés, con la imaginación de que os podiais huir y llevarme tanta ventaja que no os pudiera alcanzar, pudiera ser que os siguiera más presto.

¡Ay mal conocida piedad de mis des-

concertados pasos! pues bastaba el ver segura mi vida en vuestra muerte, para saber lo que os debía y procurarla. Mas, ¿qué fuera de mí, si en medio de tan innumerables ofensas me hubiérais llamado á vuestro justo juicio? ¿Qué razón diera yo de mí en el tribunal de vuestra verdad, donde Vos presidís á la diestra de vuestro Eterno Padre? Mi enemigo, el fiscal; el Ángel de mi guarda, relator, á quien tan ofendido tengo con mis fealdades; y aunque por abogada vuestra Madre santísima, no sé cómo pudiera merecer su protección, habiéndome aprovechado tan mal en la vida de

los tesoros de su misericordia (1).

Otra vez y otras mil vuelvo á bendeciros, mi Jesús, pues en vez de llamar-

---

(1) El P. Eusebio Nieremberg, de la Compañía de Jesús, en su *Echortacion cristiana*, impresa al final de la traduccion que hizo de la *Imitacion de Cristo y menosprecio del mundo*, trae consideraciones muy semejantes á estas, aunque parecen menos bellas en sus versos, harto desmayados y flojos en verdad.

Piensa bien lo que te digo:  
 Trata de enmendarte fiel:  
 Mira que aqueste papel,  
 Será contra tí testigo.  
 A que no olvides te obligo  
 Muerte, juicio, infierno y gloria:  
 Deja toda vanagloria,  
 Y con cristiano talento,  
 No hagas loco pensamiento  
 De una tan cuerda memoria.

Una sentencia, una muerte  
 Habrá sola: el Juez es Dios,  
 Que de esto no ha de haber dos.

me á juzgarme, me llamais á que os quiera, como si tuviérais Vos alguna necesidad de mí. Si á Vos debo mi ser, cuanto soy y cuanto he sido, ¿para qué

---

Donde se enmiende tu suerte.  
 ¡Jesús! ¡Qué lance tan fuerte!  
 Mira que es para temblar,  
 Que remedio no has de hallar  
 En el Cielo, ni en la tierra,  
 Si en esto una vez se yerra,  
 Y que esta se puede errar.

---

Al P. Nieremberg le inspiró sin duda estos versos el capítulo xxiv, libro I, de la misma obra que trasladaba á nuestro romance, pues dice así:

«Mira el fin en todas las cosas, y de qué suerte estarás delante de aquel Juez justísimo, al cual no hay cosa encubierta, ni se amansa con dones, ni admite excusas; mas juzgará justísimamente. ¡Oh ignorante y miserable pecador! ¿Qué responderás á Dios que sabe todas tus maldades?»

(IMITACION DE CRISTO.)

teneis Vos necesidad ne mí? ¿qué cielo tengo yo que daros? ¿qué glorias que goceis? ¿qué inmortalidad? ¿qué impasibilidad? ¿qué resplandor? ¿qué agilidad y qué gloria? Antes bien, amado mio, sin Vos soy un retrato del infierno, en confusion, en oscuridad, en pena, en culpa, en eternidad sin Vos, en ódio al cielo, en envidia de sus almas, en discordia y maldicion de sus criaturas (1).

(1) Estos bellisimos apóstrofes nos hacen sospechar que Lope de Vega tenia conocimiento de un manuscrito precioso, en que una oscura monja extremeña —Antonia de Jesús,— dejó para leccion y escarmiento narrada su vida aventurera, al terminarla en el convento de la Concepcion de Medellin, justamente en el mismo año en que Lope escribia sus *Soliloquios*. Véase lo

Mirad, Señor mio, cómo entráis en mí; pero yo me limpiaré, si Vos me lavais, y quedaré mas que la nieve para cuando Vos llegueis, porque Vos cria-

que dice la malograda monja, en un éxtasis divino que Santa Teresa envidiaría:

«Oh mi enamorado Jesús! ¿Para qué Señor habias menester mi alma, que por tantos modos la llamaste y sacaste del profundo infierno? ¿Por ventura, dulce esposo, no tenias tú millares de espíritus bienaventurados en tu cielo, con quien gozarte, y pudieras criar muchos mas? Pues ¿para qué me querias á mi siendo menos que nada? Mas ya, Señor, ya sé por que fué esto: para qué conociendo yo quien soy y quien tú eres, diga y cante tus misericordias; y no solo yo sino el mundo que conoció cuan entregada estaba por mi gusto al mal y cuanto le aborrezco.»

(Véase la obra del señor Barrantes, que en estos momentos se imprime por cuenta del Estado, habiendo sido premiada en el último certamen bibliográfico de la Biblioteca Nacional, y que lleva por título:—*Catálogo de los libros, memorias y papeles, que tratan de las provincias de Extremadura*.—(Artículo MEDELLIN.)

reis en mí un nuevo corazon y un espíritu recto en mis entrañas, confirmado con el principal, que tendré cuando me volvais la alegría de vuestra salud. Con este corazon, Cristo mio, bien podré yo amaros; pero ¿quién os amará como Vos amais? A lo menos, mi bien, contentaréme con que todo lo que fuere capaz el humano límite os tengo de querer.

Mas, ¡ay! no sé como os quiera, vida mia, que hallo tanto que querer en vuestras divinas perfecciones, que me anego en llegando á imaginarlas. Si os imagino Dios, ¿qué diré, Señor, de vuestra inmensidad, con que abrazais la infi-

nidad, incomprendibilidad, incircunscriptibilidad y eternidad? Si os considero en Vos, halloos infinito, y que vuestra grandeza no tiene fin. Si en comparacion al entendimiento, sois incomprendible, y por eso dicen que estais sentado sobre el querubin, que es la plenitud de la ciencia. Si en comparacion al lugar, sois incircunscripto, no os encerrais en lugar ni os incluis en estimacion, ni os variaís en edad. Si os considero en comparacion á la duracion, sois eterno, que por eso os llamaron Rey inmortal de los siglos, y aunque propiamente no teneis longitud, latitud, sublimidad ni profun-

didad, bien puedo considerar en Vos la latitud, en la caridad con que me habeis reducido del error en que estaba; la longitudo, en la paciencia con que me habeis esperado; la sublimidad, de la sabiduría con que escedéis todo sentido, pues todas las cosas están desnudas y abiertas á vuestros ojos; y la profundidad, de vuestra justicia, con que castigais á los que os ofenden.

¿Qué haré, si pienso las cosas que habeis criado? Los cielos, los ángeles, la luz, los planetas, los movimientos celestiales, las influencias, el fuego, el aire, las aves, el agua, los peces, la tierra, los hombres,

los animales, flores, frutos, metales, piedras preciosas; el dia, la noche, los tiempos vestidos de tanta diversidad de cosas, por cuya variedad es tan hermosa naturaleza. Pues si os imagino como hombre, ¿qué hermosura será la vuestra entre los hijos de los hombres? Vuestra Esposa lo diga:—Vos sois uno con el Padre; por Vos se han hecho todas las cosas, sin Vos ninguna; las visibles, las invisibles, tronos, dominaciones, principados y potestades: Vos teneis poder en el cielo y en la tierra; todas las cosas os están sujetas, porque todas las puso vuestro Padre en vuestras manos: Vos sois

el conciliador y abogado entre Dios y los hombres: por Vos somos justificados graciosamente: Vos sois Hijo de Dios ab-eterno; clarificado de vuestro Padre con aquella claridad que tuvisteis con él antes que el mundo fuese: Vos sois imagen de Dios, resplandor de su eterna luz, pastor, estrella, maestro, médico, verdadero Dios, y verdadero hombre é hijo de tan hermosa madre y siempre Virgen; madre, que se acaban los amores y los encarecimientos en pensando en ella.....

Señor, aquí me quedo, que en llegando á hablar en vuestra madre, tengo envidia á las lenguas de los querubines

y ellos, si pudieran envidiar, la tuvieran de la vuestra.

Yo os amo, finalmente, de suerte, que me atreví á decir lo que un enamorado vuestro dijo tan fuera de sí, por estar en Vos: que si fuera Dios, os diera su ser. ¡Ay de mí! ¿qué os daré yo, que aun no merezco ser? Pero esta vez os quiero dar lágrimas, no de pena, Jesús mio, sino de amor: recibidlas ó llevarélas á vuestra Madre para que os las presente; mas, ¡ay, Señor! dejadlas caer sobre esos cabellos, porque si os encontráre algun alma, piense por el rocío que la habeis buscado toda la noche.